

NUESTRO PROGRAMA

¡Obreros! ¡Compañeros!

Hace tiempo que se hace sentir la falta de una publicación representante de los intereses de la clase obrera y del proletariado en el sentido más alto de la palabra, y contando con el apoyo del Comité Internacional y el favor de las sociedades de artesanos, que forman la Asociación Internacional de obreros en esta ciudad, hemos resuelto fundar esta hoja que saldrá, por ahora, sin determinación de plazo fijo ofreciendo a todo el proletariado argentino como un campeón de los intereses de la clase de los trabajadores asalariados.

El día 1º de mayo próximo ppdo. algunos miles de obreros de esta ciudad de Buenos Aires, respondiendo a los propósitos y al programa del Congreso Internacional de Socialistas, reunidos el 14 de julio de 1889 en París, celebraron un primer meeting solemne en el Prado Español y fundaron el Comité Internacional, como un centro de reunión de todas las sociedades de obreros que concientes de la magnitud de la misión que en la historia de la cultura humana está llamado de llevar a cabo la clase proletaria, se coaligaron, animados por el espíritu de solidaridad más amplia, con el fin de prestarse mutuamente auxilio y robustecer la acción común, por

un lado para luchar en fila cerrada por el mejoramiento de las condiciones de existencia o sea para mejorar en cuanto posible fuera los salarios y disminuir las horas del trabajo, y por otro lado para contribuir a la gran obra de la emancipación de la clase obrera, cuyo acto libertador lo comprende la misión histórica del proletariado.

Venimos a presentarnos en la arena de la lucha de los partidos políticos en esta república como campeones del proletariado que acaba de desprenderse de la masa no poseedora, para formar el núcleo de una nueva clase que, inspirada por la sublime doctrina del socialismo científico moderno, cuyos teoremas fundamentales son la concepción materialista de la historia y la revelación del misterio de la producción capitalista por medio de la supervalía (sic) —los grandes descubrimientos de nuestro inmortal maestro Carlos Marx—, acaba de tomar posición frente al orden social vigente.

Había dominado hasta aquí en la República Argentina el régimen del caudillaje, despotismo nacido de la autoridad que ejercían los jefes conquistadores españoles apoyados por la clerigalla católica, cuya constitución política nació de la organización de la producción en el sistema de las encomiendas y la esclavitud, y aunque la revolución de 1810 abolió la esclavitud de derecho, de hecho tanto ésta como el caudillaje se habían conservado hasta muchos años después, tan arraigados estaban ambos en las costumbres de la gente del país, y si la esclavitud abolida en las regiones más *civilizadas* del país por el asalariado existe todavía en las regiones del interior donde las costumbres no han

sido alteradas todavía por el razonamiento suficiente con el elemento extranjero, el caudillaje rehabilitado por el sistema de la política electoral, no solamente que existe todavía, no obstante de las Constituciones redactadas sobre el molde de las instituciones de la así denominada libertad anglicana, sino que llegó al máximo grado de su desenvolvimiento en el régimen del incondicionalismo y del unicato, forma especial sudamericana del absolutismo, que todos conocemos.

El capitalismo internacional, en busca siempre de mercados nuevos para sus mercaderías, pero de mercados solventes, ha mucho que se fijó en la feracidad y habitabilidad de estas comarcas. Fue él quien inició y llevó adelante la obra de civilización aquí, echando sus capitales sobrantes a este país tras de cuyos capitales han venido siguiendo muchos miles de obreros y trabajadores en busca del mercado en que podían vender su fuerza de trabajo.

Pero *civilizar* quiere decir organizar la producción y el trabajo conforme con las leyes del capitalismo, cuyas leyes surgen frente a cada individuo como leyes compulsorias de la libre concurrencia, y realza en el orden social, las instituciones del liberalismo democrático burgués, como única organización social adecuada al máximo desarrollo posible de la libre concurrencia o competencia.

El capital se ha sabido valer de la oligarquía del caudillaje para sentar sus redes en el país, e *inter* este último bien remunerado, se portó obediente y dócilmente, ambos marcharon de acuerdo pero resultó que la oligarquía caudillera, abusando más y más del poder del estado para garantizar a sus pro-

pios miembros de las consecuencias de la ley sobre libre competencia que determina las relaciones de los capitales individuales entre sí, infringió arbitrariamente las leyes capitalistas, o sea de la sociedad democrática burguesa, convirtiéndose el unicato incondicional en un absolutismo insufrible y absurdo.

Entonces el capital internacional le echó el guante al caudillaje y estalló la guerra. La Bolsa, este templo del gran sacerdocio capitalista, hostilizó al gobierno caudillero por medio del agio, del precio del oro, y la completa ignorancia de nuestros hombres de estado en todo lo que a la estructura económica del capitalismo concierna, llevó al país a la bancarrota.

Obedeciendo a la acción civilizadora del capital se alzó la Unión Cívica, levantando la bandera del régimen puro de la sociedad burguesa. Hemos visto cómo en la revolución de Julio, la revolución de la burguesía argentina por excelencia, esta última, aunque desgraciada en la lucha sobre las barricadas y mal dirigida, derribó el caudillaje en la primer campaña, y si este último recuperó fuerzas de nuevo, sin embargo, ante la guerra implacable que le hace la Bolsa, guerra inspirada desde el gran cuartel general del capitalismo internacional en Lombardstreet de Londres, tendrá que arriar bandera bien pronto definitivamente.

Comienza pues en este país la era de la dominación pura burguesa hasta hoy *claudicada* por tradiciones caudilleras hispano-americanas.

Esta era del régimen burgués puro importa sí un gran progreso, y nosotros, que confesamos la ley

fundamental del materialismo dialéctico de que la historia de la humanidad es un desarrollo infinito, en que de un estado alcanzado se viene desarrollando el subsiguiente, y que sabemos que en el capitalismo y en la sociedad burguesa misma ya se hallan en vigoroso proceso de desenvolvimiento los gérmenes de la futura sociedad comunista, cuya realización es el objeto final de nuestros esfuerzos y deseos, nosotros aclamamos la nueva era con satisfacción.

Pero nosotros sabemos también que la historia no es otra cosa que la lucha de clases; que la era del régimen de la burguesía pura no importa otra cosa, sino una crecida apropiación del trabajo no pagado en forma de supervalía y la explotación más intensiva de la fuerza de trabajo de los obreros.

El capitalista al tiempo que paga la *fuerza-trabajo del obrero* con el valor real que como mercadería tiene en el mercado, extrae no obstante de ella mucho más VALOR (?) de aquel que el dado en la forma de salario para adquirirla y que esta supervalía constituye la suma de valores de donde proviene la masa del capital siempre creciente, acumulada en manos de las clases poseedoras. Con la era de la administración pura burguesa, los capitalistas tratarán de hacer subir más la proporción de la supervalía relativa, de aumentar el grado de explotación del trabajo, tanto más como el país tiene que pagar enormes deudas en el exterior, que solamente pueden satisfacerse por los valores de la producción. La clase de los verdaderos productores, la de los obreros pues, tendrá ahora que defenderse de un modo tanto más enérgico contra las

exigencias crecientes del capitalismo, cuanto la burguesía es la absoluta dueña de los poderes del estado, sobre todo de la legislatura, y estará empeñada en echar todos los cargos e impuestos necesarios para la conservación de la autonomía nacional y provincial sobre los hombros (SIC) del proletariado.

De allí resulta que la lucha de la clase proletaria por el mejoramiento de su situación económica es inseparable de la participación enérgica que como clase tiene que tomar en la política del país.

Son estas consideraciones las que servirán de base para nuestra actitud de campeones de los intereses de la clase obrera.

Queremos pues defender en primer lugar el salario para facilitar una existencia humana a los trabajadores asalariados, y querer más en segundo lugar ser propagandistas de la sublime doctrina del socialismo científico moderno, que enseña al proletario cómo él está llamado a ser el poderoso agente por cuya acción la humanidad conquistará el máximo grado de libertad posible, haciéndose dueña de la naturaleza, y en este sentido siempre levantaremos la voz para gritarle a la clase de los obreros y trabajadores asalariados, *Proletarios de todos los países, uníos.*

El Obrero, núm. 1
12 de diciembre de 1890.